

1.2

LA LUZ

“UN HADA MARAVILLOSA”

La Luz

“Un hada maravillosa”

Amparo Blasco
y
José María García Vega



La oscuridad de la noche era tan completa que parecía como boca de lobo. Todo dormía.

Imperceptiblemente, por el oriente, empezó a atisbarse una claridad muy tenue que poco a poco se fue haciendo más intensa, pronosticando el alba. Las nubes se fueron tiñendo de rosa y el mar de azul. Del horizonte surgieron rayos luminosos hasta que lentamente fue apareciendo, como un ascua encendida, el disco rojo del Sol inundándolo todo de luz, en una apoteosis de victoria contra la oscuridad de la noche.

En el jardín, los pájaros empezaron a removerse y a cantar en alegre algarabía. En los árboles, hasta hacía unos instantes negros fantasmas, se despertaba sonriente el verde de sus hojas, las rosas ya eran rosas y blancas y rojas, y las dalias amarillas.

Amanecía y empezaba el día.

La Luz, sintiéndose orgullosa y satisfecha de su victoria, dijo:

—Soy la belleza del Universo —y pasó una mirada despectiva a todo lo que no fuera ella.

El Viento, soñoliento aún, ya estaba preparándose para hacerse brisa, teatral y loco como siempre, dispuesto a cambiar de susurros y rumores zalameros a frenéticos aullidos o feroces cóleras,



pero al oír aquella afirmación de la Luz lanzó un largo silbido de protesta. ¡Qué falta de respeto! ¡Qué insolencia! Él era el Gran Señor ante el que todos debían inclinarse. ¡Si hasta los árboles más grandes lo hacían! ¿Cómo podía la Luz ser tan presuntuosa? Se sintió verdaderamente ofendido.

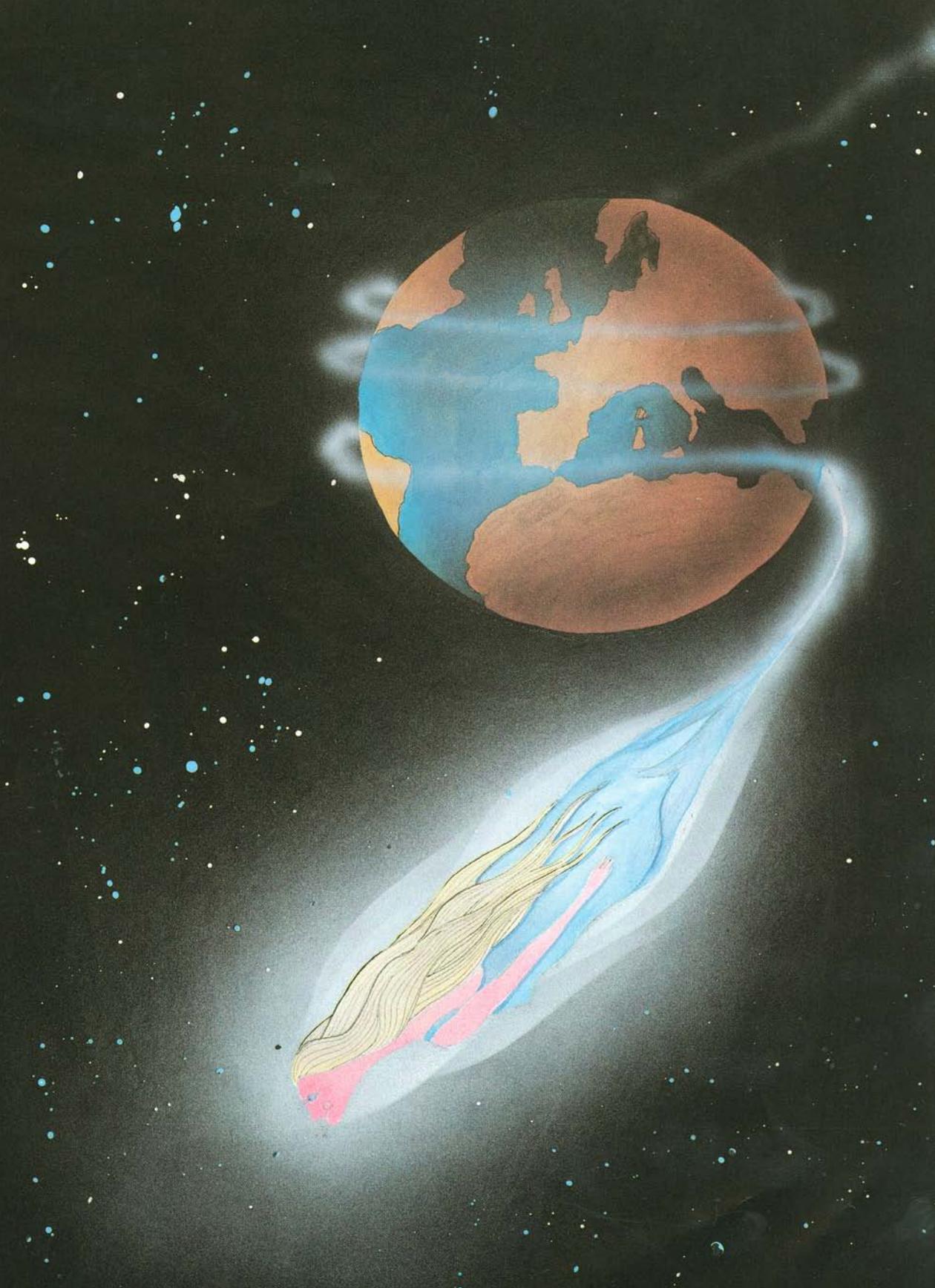
El Agua, poseída también de su importancia, de su prestancia majestuosa en el mar... y tan vanidosa con sus vestidos variados: los mañaneros de rocío, los de cristal helado, los blancos de nieve, los mantos vaporosos de nubes... se quedó asombrada y boquiabierta de que la Luz se atreviera... ¡nada menos que a decir que era la Belleza del Mundo!

La Luz se dio cuenta enseguida del mal efecto que, entre sus vecinos, habían causado sus palabras pero no quiso ceder y, con ojos relampagueantes, miró por encima del hombro al Viento y le increpó:

— Viento, ¿presumes de velocidad? Yo podría dar siete vueltas y media alrededor de la Tierra en un segundo, ¿serías capaz de hacerlo tú?

El Viento, que lo más que podía correr cuando era un huracán es doscientos kilómetros por hora, se achantó, quedándose callado y confuso.

— Y tú, Agua — prosiguió la Luz —, ¿cómo serían tus vestidos sin mí? ¿Has pensado en tus nubes sin irisaciones? Y tú, Mar, de día tan bello y cambiante entre esmeralda y azul cobalto, ¿qué es de noche sino una masa oscura y tenebrosa? Yo pongo la



belleza en las cosas que toco, a las flores y los frutos les presto mis colores verdes, amarillos, rojos... Yo también, como tú, tengo vestidos bellísimos tejidos con finísimos hilos de oro y ámbar. ¿Cómo osas dudar de mi belleza? ¡Si ni siquiera habría sin mí peces de colores para que jugaran los niños!

El Agua, casi temblando de humildad, como muy bien había aprendido a hacerlo cuando era rocío, habló suplicante:

—Me has convencido. Quisiera saber más de ti, cuéntanos.

Entonces la Luz, ya su gloria reconocida, les habló con suavidad y misterio:

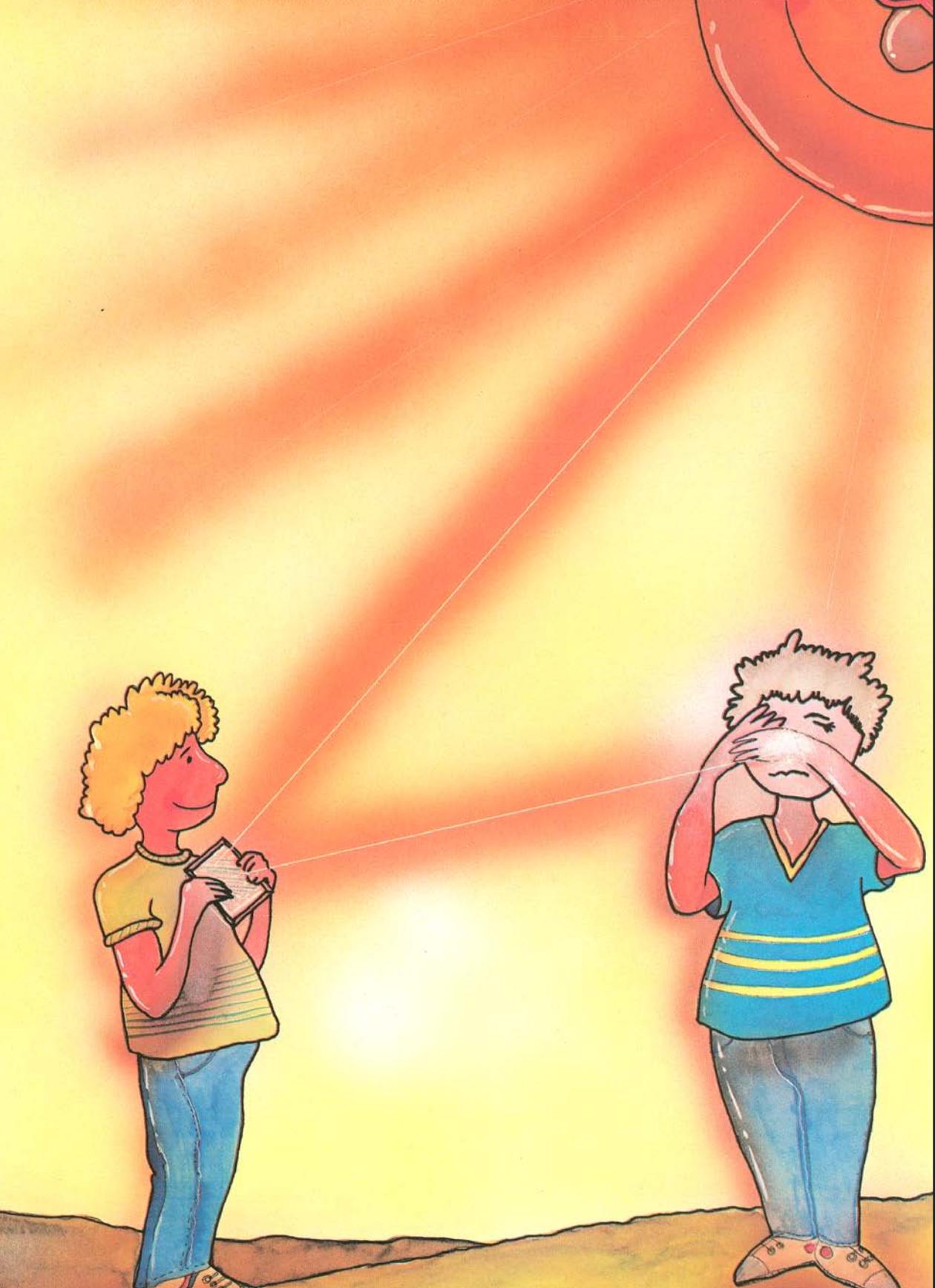
—Yo no soy materia, soy energía, me traslado de un sitio a otro a velocidad increíble, vibrando.

—Yo también soy energía —saltó el Viento—, acuérdate que muevo las aspas de los molinos, empujo las velas de las naves, arranco árboles...

—Pero tu energía es hija de la mía, porque yo caliente y en la base de tu nacimiento está el calor. ¿Te olvidas de tus orígenes?

—Por favor, no te interrumpas... ¿Quieres ser la reina de todos?

—No, tengo una gran enemiga con la que siempre estoy peleando y a la que no logro vencer totalmente: la Sombra.



— ¿Y de dónde vienes? — añadió el Viento.

— Vengo del Sol.

— Pero cuando yo soy Mar, la Luna me envía rayos plateados que rielan sobre mis ondas — dijo el Agua.

— La Luna no tiene luz. Cuando mis rayos chocan con un cuerpo que no puedo traspasar, cambio de dirección. Si... ¡hasta los niños lo saben! Hay niños que se divierten con ese juego de recoger mis rayos en un espejito desde una ventana y enviarlos a los ojos de los transeúntes... para molestar ¡claro!

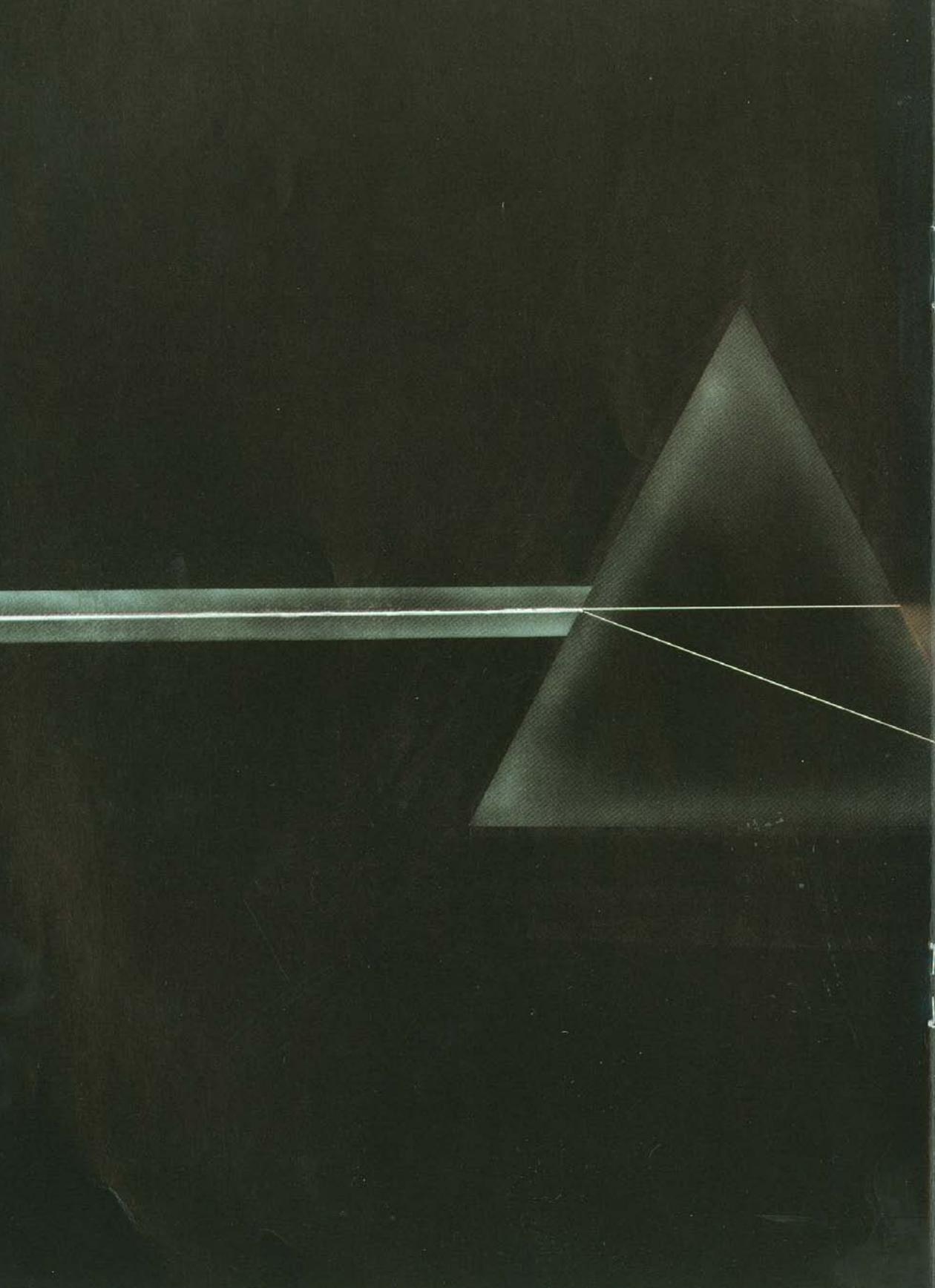
— ¡Pero si tú eres blanca! — dijo el Agua. ¿Cómo presumes de irisar mis nubes o volver rojos los tomates?

— Porque yo tengo siete colores que todos juntos hacen el blanco, y si atravieso un prisma...

— ¿Un prisma? ¿Qué es un prisma? — preguntó el Viento.

— Pues, pues... esos cristalitos que cuelgan de las lámparas. Bueno, como os decía, al atravesar un prisma, mi luz se divide en siete colores: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, añil y violeta.

Fijaos, soy como un hada maravillosa y, cuando con mi varita mágica toco las cosas, estas se vuelven blancas como el papel de escribir, o como la cal o la harina; o rojas como los claveles, o amarillas como los limones, o verdes como las hojas de los árboles.





— ¿Cómo logras esos trucos de magia?

— Esto ocurre porque algunos objetos solo reflejan uno de mis colores y absorben los demás. Los blancos los reflejan todos y los negros los absorben todos.

— Y... ¿qué es aquello que nos decías al principio de tu pelea con la Sombra? — quiso saber el Viento, que con tanto correr de aquí para allá se había vuelto muy chismoso.

La Luz, bajando mucho la voz, como si le doliera confesarlo, dijo:

— La Sombra persigue siempre las cosas que yo ilumino... siempre, siempre me persigue, es una pesada.

— Sigue contando — pidió el Agua.

— Como os decía, hay cuerpos que puedo atravesar, son translúcidos; y hay otros cuerpos opacos que no puedo atravesar y de los que solo ilumino la parte que toco, como el planeta Tierra en que está iluminada una cara y la otra está oscura, en la que es de noche, allí reina la Sombra, mi enemiga.

El Viento y el Agua notaron que cuando la Luz hablaba de la Sombra se ponía triste, así que cambiaron la conversación para animarla.

— ¿Siempre eres igual?



— ¡Oh! No. Por la mañana soy distinta del mediodía y del atardecer. Hay lugares en que soy brillante, alegre y risueña; cabrilleo por las aguas azuladas del mar como en los climas mediterráneos. En los mares del Norte soy más plomiza y en los desiertos soy cegadora y despiadada.

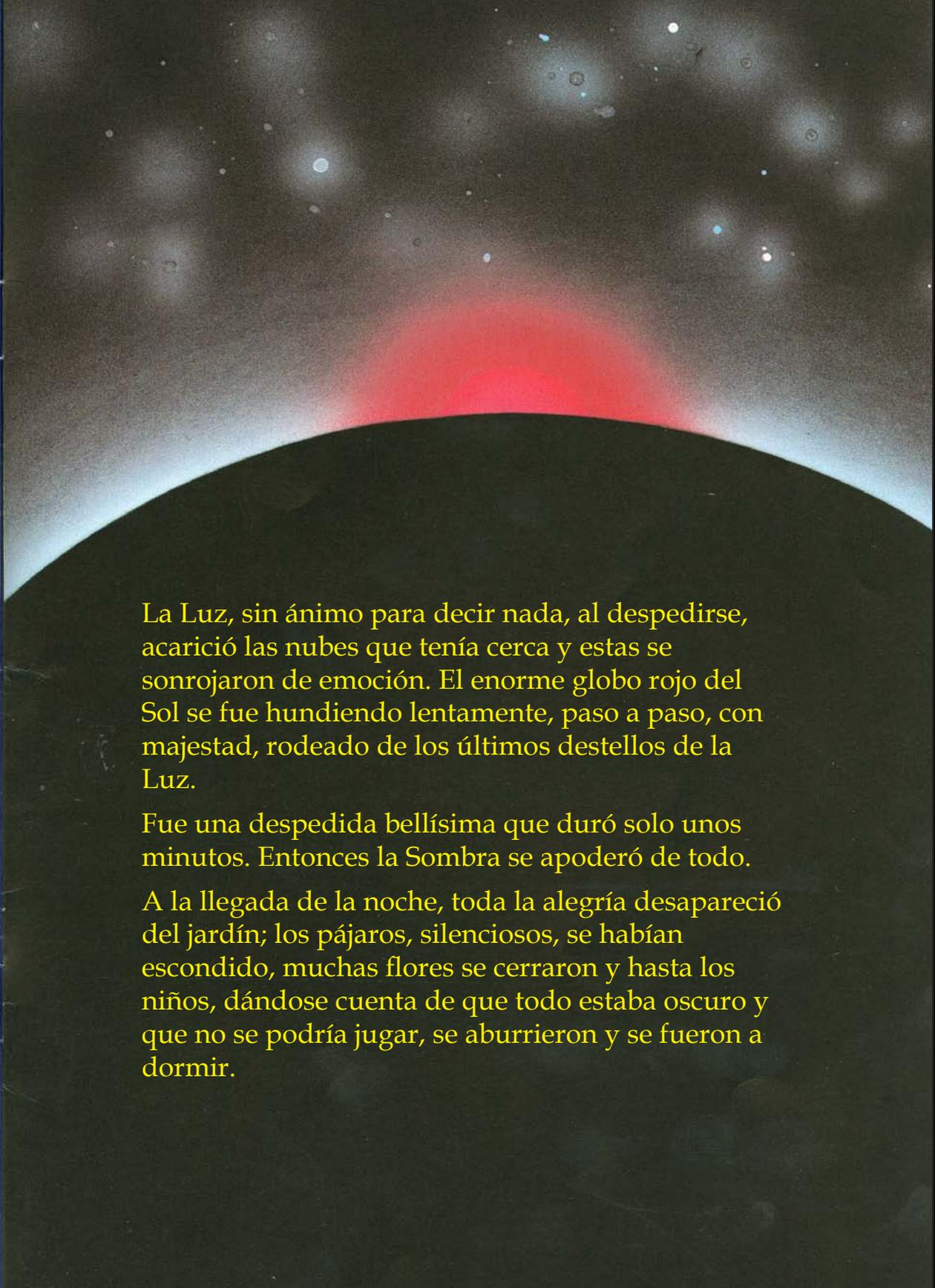
El Agua, por lo bajo, comentó:

— A mí como más me gustas es cuando acaricias mis nubes y te vuelves tierna y melancólica. Entonces los colores son como pintados al pastel.

— Tampoco soy igual en verano que en otoño o en invierno, donde los días son mucho más cortos.

El Viento se dio cuenta de que las sombras se alargaban y de que la Luz a cada instante se hacía más débil y, aunque no se atrevió a decir nada para no poner más triste a la Luz, empezó a preocuparse. Las cosas iban perdiendo brillo y ya no había duda de que la Luz se iba quedando sin fuerza. La Sombra la iba arrinconando hacia el horizonte donde aún se veía al Sol como un globo rojo.

El Agua también se daba cuenta de la debilidad de la Luz y de su huida hacia poniente. Se acongojó porque ya le había tomado cariño y empezó a dejar caer lagrimitas.



La Luz, sin ánimo para decir nada, al despedirse, acarició las nubes que tenía cerca y estas se sonrojaron de emoción. El enorme globo rojo del Sol se fue hundiendo lentamente, paso a paso, con majestad, rodeado de los últimos destellos de la Luz.

Fue una despedida bellísima que duró solo unos minutos. Entonces la Sombra se apoderó de todo.

A la llegada de la noche, toda la alegría desapareció del jardín; los pájaros, silenciosos, se habían escondido, muchas flores se cerraron y hasta los niños, dándose cuenta de que todo estaba oscuro y que no se podría jugar, se aburrieron y se fueron a dormir.

Y ahora, algo más de información

¿Qué es la luz?

La luz es la radiación que puede ser percibida por el ojo humano, pero la luz que vemos es solo una parte muy pequeña de todos los tipos posibles de luz que existen.

No hay nada más rápido que la luz. En el vacío su velocidad es de 300 000 km/s, es decir, ¡en solo un segundo, la luz puede dar siete vueltas y media a la Tierra!

La luz se propaga en línea recta, por eso existen las sombras y los eclipses.

Cuando llega a la superficie de un objeto, choca, rebota y se dice que se refleja.

En cambio cuando la luz se propaga por un medio y pasa a otro, por ejemplo, cuando pasa del aire al agua, cambia su velocidad y se desvía, entonces se dice que la luz se refracta.

La luz blanca es una mezcla de colores, ¿sabes cuántos ya?, ¿has visto alguna vez un arcoíris?

Un arcoíris en un frasco.

¿Recuerdas que te he dicho que la luz blanca es una mezcla de colores? Pues vamos a comprobarlo. Coge un vaso grande, llénalo de agua y pon al otro lado una lámpara encendida, de esas en las que se puede ver la bombilla. Inclina un poquito el vaso y... ¿no es eso que ves un arcoíris?

Pero, ¿por qué ocurre? Cuando inclinas el vaso, la luz que va por el aire y llega al agua es desviada por este; pero, como la luz es una mezcla de colores, cada color se desvía de una manera y puedes distinguirlos por separado. Y eso se parece mucho a un arcoíris, ¿no crees?

Colores y colores.

Tengo una pregunta: ¿por qué si la luz es la misma para todas las cosas la vemos de colores distintos?

Como te he dicho antes, cuando la luz llega a un objeto choca y rebota, se dice que se refleja. Ese rayo reflejado es el que llega hasta tu ojo, es el que ves. De modo que... cuando ves una cosa roja es que ves un rayo rojo, es que el objeto está reflejando el rayo rojo.

¿Y qué ha hecho con los otros colores?
Absorberlos.

Del mismo modo que una cosa es blanca porque devuelve (o refleja) todos los colores. O es negra, cuando no refleja ninguno y se queda (o absorbe) todos. ¿Lo entiendes?

¡Cuidado con la luz del sol!

Lo primero que necesitas es un día con sol. ¿Ya está? Busca ahora a una persona mayor, una lupa y una hoja de papel. Lo que hay que hacer con la lupa es concentrar la luz del sol y poner el papel justo en el punto donde los rayos se juntan y forman un punto brillante. ¿Qué pasa si esperas lo suficiente? El papel empieza a quemarse, ¿verdad? Vaya, la luz del sol puede ser peligrosa.

Por eso no es bueno mirar al sol directamente, por eso la gente usa gafas de sol o se pone cremas protectoras cuando va a pasar el día en la playa. Lo haces tú también, ¿verdad?

Título original: La Luz — Un hada maravillosa

Texto: Amparo Blasco

Ilustraciones: José María García Vega

Textos de las páginas 17 a 19: Luisa Hurtado González

Maquetación y coordinación: Julio Aristizábal Arteaga

**© Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente
Agencia Estatal de Meteorología
2013**

NIPO: 281-13-014-5

<http://publicacionesoficiales.boe.es>